

## Lo vivo y lo muerto del Hispanismo

“España tiene en América una triple misión: espiritual, cultural y demográfica”, dice Areilza.

Con motivo de la clausura de un ciclo de conferencias recientemente celebradas en Cádiz, Don José María Areilza ha hecho unas declaraciones al periodista Don Antonio de Ergoyen de “La Voz de España” de San Sebastián.

—Don José María Areilza, con quien he podido dialogar después de los brillantes actos, me ofrece una interesante referencia de su trabajo.

—Fué para mí muy agradable recordar mi paso por Cádiz, cuando, rumbo a América, marché a hacerme cargo de la misión diplomática con que me había honrado el Gobierno de España, así como también aludíala presencia que el recuerdo de la historia gaditana tiene todavía hoy en la América española. Fueron expresiones sugeridas por el caudal de experiencias vivas y directas que la realidad sudamericana me ha ofrecido en los tres años que duró mi permanencia en aquel continente.

—Puede, señor Embajador, sintetizarme sus palabras?

—Muy apretadamente describí el proceso interno humano y social de la expansión española y de los tres siglos virreinales, proceso que se olvida con frecuencia por el deslumbramiento que produce la magnitud homérica de la epopeya de la expansión inicial y de sus grandes hombres. He analizado la mentalidad del español que llegaba y la del natural de aquellas tierras, así como el complejo fenómeno de la unión cultural y sanguínea de tan largas consecuencias.

—Y el criollismo tan típico?

En efecto, hablé también de la gesta de la independencia, iniciativa de los criollos con mentalidad señorial frente a la España centralista y reformadora y en medio de la indiferencia, cuando no la hostilidad, de las masas de los naturales y de gran parte de los descendientes de la unión de las dos sangres. Al describir las influencias exteriores de la emancipación, recordé la frase del ministro inglés Canning: “Hispanoamérica es libre y si nosotros llevamos bien nuestros asuntos pronto será inglesa”.

—Frase lapidaria, señor Embajador.

—La conciencia peninsular apenas se conmovió ante la desintegración del Imperio, porque el desgajamiento venía desde años atrás. Mientras las naciones independizadas van siendo sometidas a la presión de los imperialismos extranjeros con sus consiguientes explotaciones, en España, a lo largo del siglo XIX, apenas hay interés por el problema. Los pri-

meros americanistas empiezan su tarea después de la restauración. Al Rey Don Alfonso XIII hay que hacerle la justicia histórica de reconocerle que fué el primero que se ocupó con amor e interés del problema. Ramiro de Maeztu, en su contacto con la realidad americana, produjo la magistral e inspirada “Defensa de la Hispanidad”. Pero hubo de ser el Régimen actual el que devolvió a las nuevas generaciones la sensibilidad total para las cuestiones hispánicas.

—Y Simón Bolívar?

—En las naciones hispanas, el sueño de unidad dormía en la tumba de Simón Bolívar, el único que vivió en grande el problema, con su genio sintético. Tuvo que llegar la presión exterior con su cortejo de intervenciones militares y despojos territoriales para que la voz profética de Rubén Darío intuyese poéticamente la conciencia de unidad.

—¿Cómo es esta unidad?

—Esta unidad profunda del hispanismo tiene raíces espirituales, culturales y étnicas. En esta hora del mundo que exige por imperativos económicos, sociales y demográficos—además, de los estratégicos—, agrupaciones humanas considerables, la confederación de los pueblos hispánicos puede plantearse algún día no lejano en el terreno de las realidades prácticas. Pero no conviene caer en el error ultranacionalista puro como tampoco en un hispanismo exagerado. La realidad hispanista es demasiado compleja y ofrece problemas de tal envergadura que toda fórmula simplista está condenada a la esterilidad.

—¿Cómo ha de ser esa tendencia a la unidad de los pueblos de la hispanidad?

—Ha de ser en todo caso tarea de ellos mismos, sin ingerencias de ninguna clase y teniendo en cuenta además los factores geográficos y económicos que les lleva a un profundo entendimiento con los Estados Unidos que ha rectificado sustancialmente su política en estos últimos años, pasando de los tiempos del “Big Stick” a los de “buena vecindad” y aún a la de generosidad en muchísimas ocasiones y aspectos.

—Bien, entonces? . . .

—La misión de España se debe desarrollar en tres planos: el espiritual, el cultural y el demográfico. En el primero nos corresponde la ejemplaridad. En el segundo, el paradigma del lenguaje y de las formas de vida y cultura sin olvidar las peculiaridades de las propias entidades hispánicas. En el tercero, la transfusión humana de nuestros emigrantes, enfocados hoy a tareas más nobles y diferenciadas que en los tristes decenios finiseculares.

—El problema es árduo.

—Hay que acercarse al problema hispanista sal-

tando por encima de los tópicos muertos que acompañaban antaño a las cascadas de retórica con que este problema tradicionalmente se abordaba. Hay que acercarse con amor, pero sin cursilería; con emoción, pero sin énfasis; con fraternidad, pero sin petulancia. Por eso recordé la frase de Dn. Eugenio d'Ors de lograr el empeño de hacer del atlántico un nuevo mediterrra-

neo. Aviones y buques llevarán por el mar y por el aire ideas y sentimientos fraternos. Pero sobre ellos, más arriba de las nubes, está la Providencia de Dios y por debajo, más profunda que la hondura del Océano, está la irrevocable unidad de los destinos comunes. Estas, amigo Ergoyen, fueron las últimas palabras que pronuncié en mi conferencia a los gaditanos.



Don José María de Areizola, Conde de Motrico, aparece en esta fotografía con el Ministro de Asuntos Exteriores y el Embajador de la República Argentina en Madrid en el aeropuerto de Barajas, durante la época que fue Embajador de España en Buenos Aires.

